

# L A R O S A E N O R M E

( C U E N T O )

No era una princesa, pero era muy hermosa y apetecible, y estaba, sobre todo, en el momento más tierno de la belleza juvenil.

Vivía en un palacio de princesa y se lo había creído, además de que la impulsaban á creérselo las insinuaciones de la galantería y, sobre todo, las palabras capciosas de su vieja aya.

—Por tu hermosura—le decía el aya maligna—puedes pedir lo que quieras, á cambio de tu amor.

Lolita, que así se llamaba la bella con nombre de muchacha de la burguesía, pensaba poner un precio fabuloso á su belleza y alguna condición casi imposible.

«¿Una flor de invierno en verano? No, porque muchas veces es fácil que en alas de un raudal alazán el caballo llegue al sitio en que es primavera en invierno y alcanzar la flor apetecida.»

«¿Pedir una rosa dorada? Tampoco, porque habría el medio de envenenar con oro cualquier rosa de cualquier jardín.»

«¿Un clavel de dos mil pétalos? Quizá existiese un jardinero capaz de insertar unos claveles en otros hasta conseguir el numeroso clavel.»

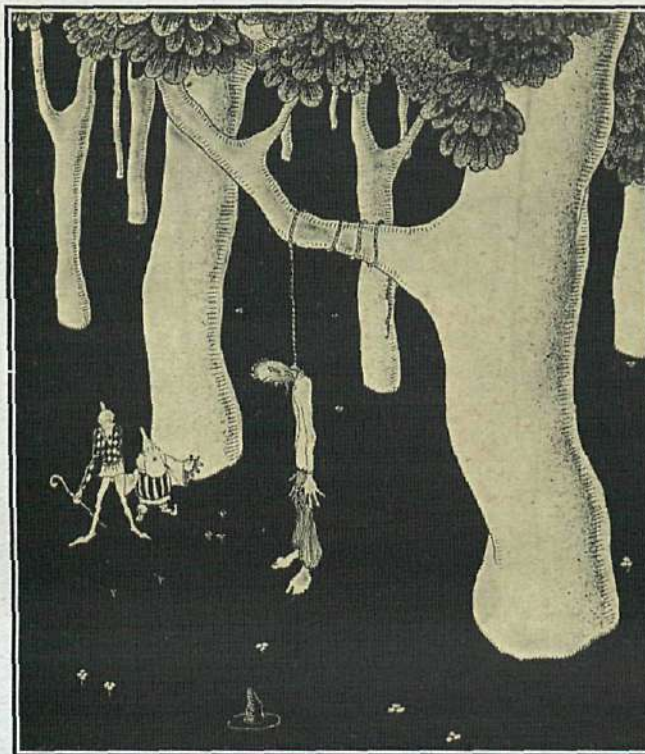
Lolita se acordaba de aquellos cuentos de hadas leídos en su infancia, cuyas proposiciones eran conseguidas por absurdas que fuesen, y en las que figuraba el pájaro que se compadecía del que quería una rosa roja en el jardín en que sólo había rosas blancas, y se hería en el corazón con una espina para que la rosa blanca se tiñese de rojez, y también se hablaba de un jazminero seco que florecía sobre las nieves gracias á las lágrimas ardientes del enamorado, que debía llevar jazmines á su novia ó no volver nunca más á verla.

«Pero, ¿y pedir una rosa inmensa del tamaño de un árbol, con grandes pétalos como sábanas, de suavidad indecible y como blandas conchas de perfume ideal?»

Aquella idea de la rosa blanca como nenúfar de un mundo mayor se agarró á su corazón, y no soñó a más que con el momento de lanzar su propuesta á todos los vientos, para lo que bastaría que se lo dijese confidencialmente á las azafatas de palacio.

En efecto: cuando tuvo redactada la única base de aquel concurso de amor, se la leyó á toda la servidumbre, y á las pocas horas se supo en veinte leguas á la redonda que la dueña del magnífico palacio del bosque entregaría su belleza á quien la llevase una rosa tan grande que tropezasen sus bordes con el marco de la gran puerta del castillo.

Aldeanos ilusos salieron en busca de la rosa prepotente y reborondante, y se perdieron en los bosques vírgenes, donde se suponen las flores y los frutos más gigantes.



... se ahorcó de uno de aquellos árboles engañosos...

Hubo uno, el más fantasioso comarcano, que cuando, después de mucho andar, creyó divisar un bosque de rosas blancas, se encontró con que no era más que un bosque de árboles de anchas hojas que, iluminado por la luna, semejava una rosaleda imaginaria. Entonces, sin poder soportar el desengaño y demasiado cansado y lejos de su pueblo, se ahorcó de uno de aquellos árboles engañosos, vengándose de su engaño al obligarle á soportar la carroña triste de un ahogado.

Escrito con la fina letra de Lolita figuraba á las puertas del palacio el aviso del premio de amor, pero ya amarilleante, habiéndose borrado en él algunas palabras.

«Voy á ser—se decía interiormente Lolita—la única belleza que no ha puesto una condición fácil á su belleza! ¡Sin ser princesa, quedaré en

la historia de las princesas, como la más pura y la más inasequible!»

Pero una mañana todo el palacio se conmovió por los terribles aldabonazos que palpitaban de solemne apremio, y el encargado de mirar por la mirilla de piedra se quedó asombrado de ver á un caballero que traía una rosa inmensa, languideciente de peso, como enorme manga parroquial fresca y con algo de palio.

La vieja aya fué á avisar á Lolita, que aun no se había levantado, y que en la alegría de saber que al fin llegaba la inmensa rosa salió á recibirla sin cubrir su cuerpo con ningún velo, desnuda como la maravillosa rosa que la traían.

Para que fuese más espléndido el presente, dos pajes venían cargados de joyas y coronas, enjovelando la rosa, por si no era bastante su lujo de jardín.

Pero, ¡ay!, aquel caballero era un feísimo lord inglés que, por más que era el encanto del aya servil, no atraía mucho á Lolita.

—Para tan gran rosa, tan importante gusano—dijo uno de los criados que contemplaban la escena con mortal envidia.

—Debiste de sospechar que para el oro inglés no hay ningún imposible—le dijo su hermanita de juegos.

El retorcido inglés había gastado millones de libras en conseguir aquella rosa alimentada de jugos, de rosas maceradas, de esclavos, y para la que no hubo noche desde que amaneció á la vida, pues sabiendo el poderoso lord que las flores crecen y prosperan con la luz, tuvo encendidas alrededor de aquella única rosa luminaria por valor de millones de bujías.

La gran rosa llenó el palacio de aroma, y Lolita, obligada á ser del cicatrizado y avellanado lord, no puso más condición que el primer amor se lo habían de declarar bajo la rosa mayestática.

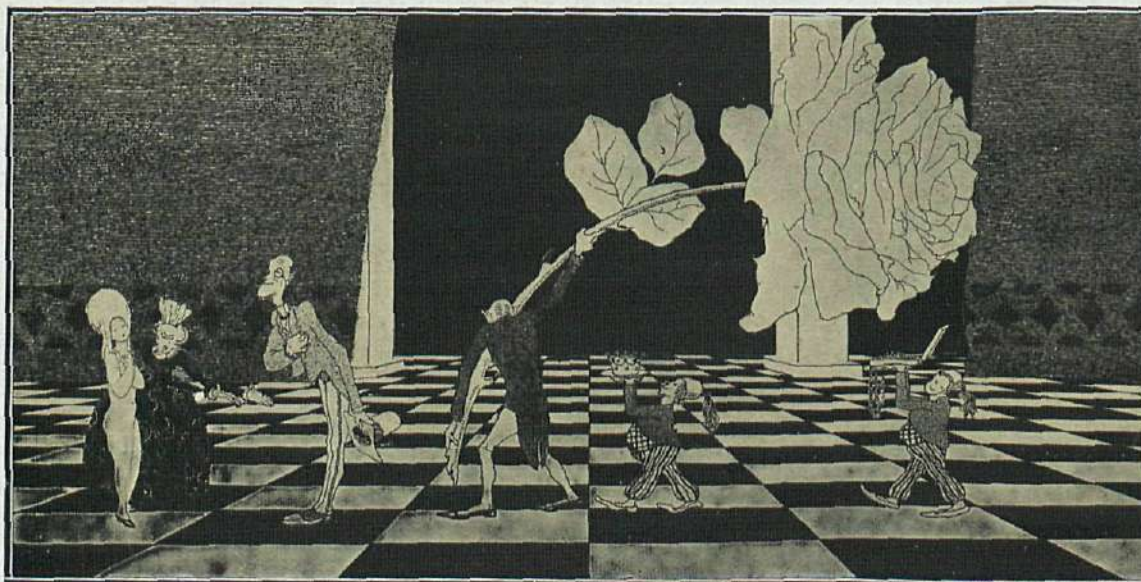
Y en la noche profunda del castillo, los prometidos, bajo el dosel de pura cuna de la rosa inmensa, murieron antes de poder amarse, envenenados por las emanaciones de la rosa condicional, contraveneno del juramento que la hacía llave de amores; pues si bien se vió comprometida á pactar con aquel viejo repugnante, se dió cuenta de que en la emanación nocturna de la gran rosa hallaría la muerte y el incumplimiento.

¡Nadie tuvo tan gran flor como presente de sus nupcias con la muerte!

Una sola carroza siguió á los féretros de los divorciados por la muerte, llevando sobre su góndola la rosa inverosímil, que había demostrado lo peligroso que es jugar con lo imaginario, porque á veces se presenta en la vida con abrumación de tragedia.

Ramón GÓMEZ  
de la SERNA

(Dibujos de Climent)



... un caballero que traía una rosa inmensa ..